

Revista de Guimarães

Publicação da Sociedade Martins Sarmento

EL CASTRO DE COAÑA (ASTURIAS) Y ALGUNAS NOTAS SOBRE EL POSIBLE ORIGEN DE ESTA CULTURA.

GARCIA Y BELLIDO, Antonio

Ano: 1940 | Número: 50

Como citar este documento:

GARCIA Y BELLIDO, Antonio, El Castro de Coaña (Asturias) y algunas notas sobre el posible origen de esta cultura. *Revista de Guimarães*, 50 (3-4) Jul.-Dez. 1940, p. 284-311.

Casa de Sarmiento
Centro de Estudos do Património
Universidade do Minho

Largo Martins Sarmento, 51
4800-432 Guimarães
E-mail: geral@csarmento.uminho.pt
URL: www.csarmento.uminho.pt



Este trabalho está licenciado com uma Licença Creative Commons
Atribuição-NãoComercial-SemDerivações 4.0 Internacional.

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/>

El castro de Coaña (Asturias)

y algunas notas sobre el posible origen de esta cultura

*Homenaje a la «Revista de Guimarães»
en el cincuenta aniversario de su fundación*

Castros del tipo galaico-portugués del Occidente de Asturias. — Las campañas arqueológicas que bajo el patrocinio de la Diputación de Oviedo hemos podido llevar a cabo durante el año de 1940, en la zona más occidental de Asturias, el Catedrático de la Universidad ovetense Dr. Uría Riu y el que ésto escribe, han dado como primeros resultados el descubrimiento de una extensa zona de castros sita entre los rios Navia y Eo: es decir, en la faja que linda con Lugo. Estos castros, todos de las mismas características generales que los ya conocidos del Norte de Portugal y Galicia, tienen la importancia de señalarnos una prolongación geográfica del grupo que, por ser privativo hasta ahora de las regiones dichas, se suele llamar galaico-portugués. Pero además quizás sea posible en lo futuro comprobar su enlace geográfico con otro, de características algo más diferenciadas, que se extiende por la parte más oriental de Asturias y el N. de la Prov. de Burgos (Caravia, Miraveche, Villegas y Monte Bernorio).

Los castros por nosotros reconocidos entre el Eo y el Navia son: los de Coaña, Pendia, Los Mazos, Ouría, Illano, Ortiguera, de La Escrita y Lagar. Hay noticias de más (como el de Fontes) que no han sido aún reconocidos; aparte de la frecuente presencia de toponimios en los que la palabra «castro» aparece ya

en su forma simple como compuesta (Castropol, Castrellón, Castrovaselle).

De todos aquéllos el único que hemos podido excavar es el de Coaña, que será objeto de estas líneas. Pero además pudimos obtener también importantes resultados del estudio somero del de Pendía. De tales resultados daremos aquí a conocer algunos.

En general estos poblados del Occidente de Asturias se presentan alzados sobre pequeñas eminencias encajonadas entre profundas vaguadas por las que corren arroyos o riachuelos. El de Coaña se halla situado cerca del pueblecillo de que recibe nombre, a 4,800 klm. de Navia, cerca por tanto del mar y no lejos del río Navia, uno de cuyos afluentes, el Sarriou, pasa a los pies del castro.

Características generales del castro de Coaña. —

En las dos campañas de 1940, se han puesto al descubierto una buena cantidad de cabañas y parte de las murallas (véase el plano de la figura 1). El poblado, en su conjunto, constaba de una parte alta, extendida sobre una amplia meseta casi plana rodeada de un recinto amurallado construido sobre un reborde rocoso no muy alto, que en parte pudo ser artificial, y otra zona más baja, que formaba un barrio extramuros. A aquel primer recinto lo hemos llamado la acrópolis, para distinguirlo del barrio extramuros que se extiende a sus pies. De la acrópolis nada se ha podido excavar todavía. Sólo una trinchera de cata hicimos y de ello salió algún trozo pequeño de «terra sigillata» y los restos de un pavimento de losas. De la zona extramuros, empero, objetos de las dos campañas dichas, han brotado, aparte de medio centenar de casas, la entrada fortificada a la acrópolis y una cámara, probablemente funeraria, muy semejante a la descubierta en 1930 en Briteiros.

Las casas del barrio extramuros, antes de nuestras excavaciones habían sido repetidamente excavadas por los buscadores de tesoros. En 1877 se hicieron unas excavaciones, someras y descuidadas, por Flórez, quien se limitó a repetir los procedimientos de sus antecesores menos ilustrados. Así el aspecto que en nuestro primer reconocimiento ofrecían estos vestigios era las-

timoso. El resultado de ello es que no quedó intacto, virtualmente, ningún nivel y que los objetos hallados, sobre ser pocos, no hayan aparecido en su estrato arqueológico. No obstante aún hemos podido hacer algunas deducciones de cronología tanto absoluta como relativa que se expondrán en el párrafo dedicado a ella.

Inmediatamente se echa de ver en el plano de la fig. 1 la gran variedad de plantas que muestran las casas del poblado y su tendencia evidente a las soluciones curvilíneas. De calles propiamente tales no se puede señalar ninguna. Las casas están edificadas muy próximas unas a otras, con evidente economía de lugar, y sólo la colocación de las puertas nos dice el trayecto que a modo de calle conduciría a las distintas moradas. Sin embargo, estos trayectos estuvieron empedrados con losas como algunos trozos bien conservados demuestran. Los desniveles en ciertos casos se salvaban con escalones de los que hay algunos ejemplos. Las viviendas, a veces, levántanse sobre pequeñas terrazas hechas de obra para salvar diferencias acentuadas de nivel.

Por lo que atañe a las fortificaciones, las murallas que rodeaban la acrópolis solo la hemos reconocido por su cara externa, ignorando por ello su grosor. De la entrada ha aparecido en todo su perímetro el gran bastión o torre cuadrangular que la defendía. Su altura aún alcanza casi los cinco metros. Si hubo o no un segundo circuito amurallado que envolviese la zona urbana exterior no lo sabemos.

En cuanto a materiales constructivos la piedra empleada en Coaña es la que da el terreno, como es natural. Así pues aquí es la pizarra, que por su naturaleza foliácea preséntase en grandes lajas suministrando un excelente material para enlosados y paramentos de mampostería.

Las lajas de pizarra empleadas para la construcción, son por lo general pequeñas. Con ellas hacían sus paredes de unos 50 a 60 cms. de gruesas por término medio en las cabañas. Todas las piedras están asentadas sobre lecho de barro y bien trabadas. Por el momento no hemos advertido señales de un enlucido parietal.

Hecha esta descripción general pasemos a estudiar con más detalle: 1) la zona urbana de extramuros, 2) las fortificaciones, 3) la cámara funeraria abovedada, y 4) los hallazgos tanto indígenas como exóticos. De estos últimos iremos 5) a las deducciones de orden cronológico absoluto que nos darán la fecha aproximada del poblado de Coaña y al esbozo ligero de una teoría sobre el posible origen de esta cultura llamada de los castros.

I. — CONSTRUCCIONES URBANAS.

Plantas de las cabañas del poblado. — Ya hemos visto que una de las características más notable de este castro, como los demás de su género, es la tendencia clara y constante a las plantas de trazado curvo. Esta tendencia tiene su mejor y más clara cristalización en las cabañas de planta circular, que en la zona hasta ahora excavada representa un cincuenta por ciento del total de habitaciones. En el plano, dada su escala, estas cabañas parecen perfectos círculos, pero en la realidad suelen presentar a veces ligeras diferencias de radio. Junto a las circulares siguen otras elipsoides. Haylas también mixtas, de lados curvos y rectos, y finalmente otras, no en número excaso, rectangulares oblongas y trapeziales pero generalmente con ángulos redondeados. De planta completamente rectangular alargada y de esquinas en arista no han aparecido hasta el momento más que dos ejemplares, los dos sitios al NO. del torreón (véase fig. 1). Las variedades que dentro de estos tipos se presentan son difíciles de describir, siendo más útil el examen detenido del plano. En general reina una evidente anarquía en las formas de las plantas; en mucha parte impuesta por la contigüidad de las cabañas ya existentes o por las condiciones del terreno. No existe tampoco una orientación determinada. Pero si puede darse como regla fija, aparte de la tendencia evidente a la curva en planta, la no existencia del derecho de medianería, ya que todas las edificaciones tienen sus paredes independientes de las contiguas con las cuales a veces tocan. Algunas de las cabañas circulares (figs. 2 y 3) van precedidas en

su entrada por un vestíbulo formado por dos paredes cortas, paralelas o no, que flanquean la puerta dando lugar a un corredor o dromos. Dos de estos vestíbulos tienen bancos adosados a una de sus paredes. En uno de los casos este dromos está sustituido por un vestíbulo formado por una pared que se cierra en curva continua (O. del torreón véase el plano). En cuatro

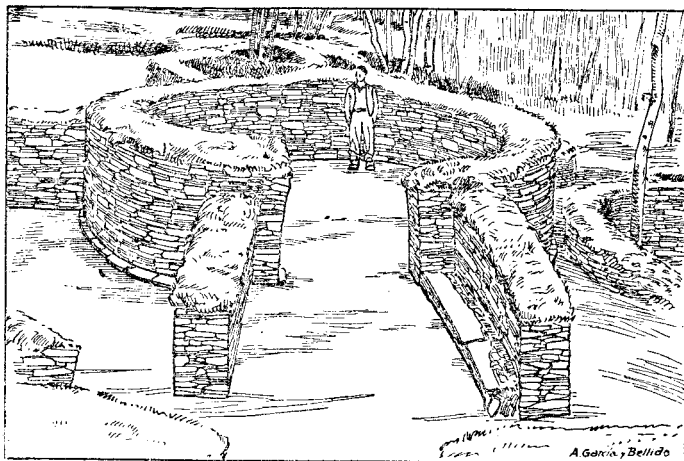


Fig. 2. Restos de una vivienda circular precedida de un «dromos» formado por dos paredes. En una de ellas un banco corrido de piedra.

casos ciertas cabañas tienen a sus lados sendos recintos adyacentes que muestran una dependencia íntima con la habitación principal (véase el plano). En algunas de las cabañas circulares hemos hallado trozos bien conservados de bancos corridos, de obra, que, a modo de poyete van adosados a la pared interna. Strabon (III, 3, 7) dice: «comen sentados sobre poyos de piedra contruidos alrededor de la pared». En cuanto a hogares (hallados frecuentemente en Santa Tecla y otros castros) en Coaña no han aparecido hasta ahora ni un solo vestigio.

Por lo general las edificaciones de Coaña no presentan más que un solo vano de entrada, pero hay también varias que muestran dos.

Por lo que toca a sus dimensiones las circulares,

o próximas al círculo, suelen ser de unos 4,50 a 6 metros de diámetro. Las elípticas e rectangulares alargadas son algo mayores en longitud, llegando en un caso (la situada al N. del torreón) a los 14 metros (véase el plano de la fig. 1).

Alzados. — Los cimientos de estas construcciones no suelen ser muy profundos. Pero existen ciertos casos en los que para hallar un asiento firme en la roca los han hecho descender hasta tres metros. Al nivel del suelo y con el fin de proteger las paredes del desgaste originado por el tránsito, solían avanzar



Fig. 3. Resto de una cabaña circular con «dromos» y banco corrido en una de las paredes del vestíbulo.

unos centímetros la hilada inferior de la pared visible, formando así una especie de zocalillo protector (véanse figs. 2 y 4).

Las paredes se alzan rectas, a plomo. Por lo general sus ruinas alcanzan un metro y medio (figs. 2 y 3), a veces algo más, siendo casos excepcionales, pero de gran interés para solucionar el problema de la altura media de estas construcciones, el de dos de ellas, que conservan aún intactos lienzos de pared, una (de planta cuadrangular) de casi tres metros de altura, y otra (de planta circular, la situada junto al lado oriental del torreón y reproducida en la figura 4) hasta cerca de ¡cuatro metros! Tales alturas permi-

ten asegurar que estas cabañas, y quizás las demás también, eran en su obra de piedra, prescindiendo de las techumbres, casi tan altas como anchas, ya que en la última citada (fig. 4) a un diámetro máximo de casi seis metros de planta correspondía una altura comprobada de cuatro metros. En la gran cabaña sita inmediatamente al N. del torreón pudimos medir en sus paredes derrumbadas una altura por lo menos de tres metros y medio. Parece ser que los vestíbulos debían acompañar a las paredes de las cabañas en

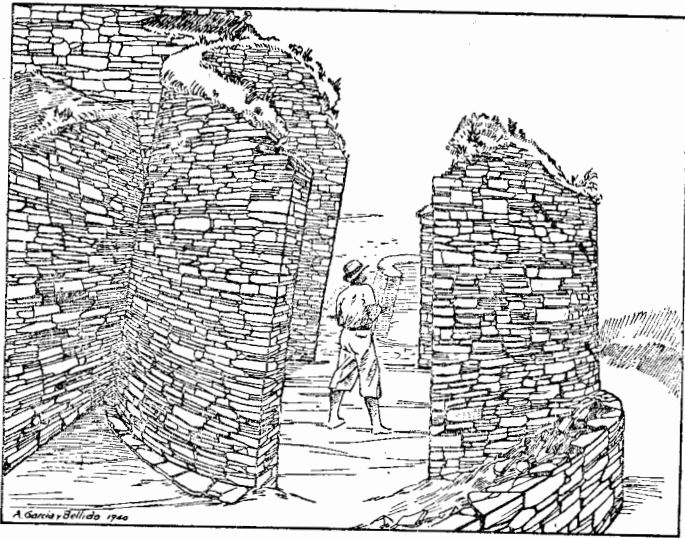


Fig. 4. Cabaña circular junto al lado oriental del torreón. Altura conservada, 4 metros. Obsérvense sus dos entradas.

toda o casi toda su altura, pues en uno de ellos constatamos un alzado de tres metros y medio gracias a haber podido hallar parte de la pared derrumbada en perfecto estado. El resto, hasta una altura de un metro próximamente, permanecía aún en pie (fig. 3).

Los vanos de entrada presentan en la mayoría de los casos sus jambas ligeramente curvadas hacia el eje vertical de la puerta; es decir, algo que pudiera interpretarse a primera vista como un intento de cierre en arco, más o menos logrado. Pero hemos comprobado

sin género de dudas que estos arqueamientos de las jambas fueron originados por el lento desplome y el derrumbamiento consiguiente de las partes altas de las paredes. Un buen ejemplo de ello lo da la cabaña reproducida en la fig. 4 cuya pared meridional, aún en pie, presenta tal inclinación que hace que las jambas a ella ligadas parezcan tender al arco. Las jambas opuestas, por el contrario, aparecen todavía casi rectas pues la pared de que forman parte no ha sufrido más que un ligero desplome. Caso semejante pudimos comprobar en la pared vestibular derecha de la cabaña reproducida en la fig. 3 en la que, como dijimos, hallamos el resto derrumbado (pero aún en una pieza) sobre el «dromos» o pasillo. La curvatura de las jambas en la choza reproducida en la fig. 2 no tiene tampoco otra explicación. Por otra parte, el grosor medio de estas paredes, que no suele ser mayor de sesenta centímetros, descarta en absoluto la solución abovedada aunque esta fuese por mera aproximación de hiladas. Ya veremos en otro caso (en la supuesta cámara funeraria) que una solución abovedada en piedra exigió muros más gruesos y alturas más prudentes.

Techumbres normales en las cabañas del poblado.

— Las razones acabadas de mencionadas excluyen como hemos visto la suposición de una cubierta de piedra y fuerzan, por el contrario, a suponerla de materia ligera, sin duda vegetal. Así eran las chozas de los germanos reproducidas en la columna de Marco Aurelio, y así las que cita César en las Galias (*D. B. Gall.* v, 43, 1 y v, 12). Algunos restos de paja carbonizada hallados en Coaña inducen a lo mismo. Ciertas losas grandes con agujero central, frecuentes tanto aquí como en otros castros del NO. de la Península, denuncian el modo cómo estas techumbres se sostendrían. Sin duda uno o varios vástagos leñosos (según las formas y dimensiones de las cabañas) hicieron de soportes verticales sobre los que cargarían las armaduras de las cubiertas, las cuales irían forradas por fuera de paja, probablemente trenzada y cosida al modo como hoy todavía se usa en las cabañas arcaizantes de las montañas galaico-astures (Cebreros p. e.).

Entre los montones de lajas (restos de las paredes deshechas), han aparecido con frecuencia lasas delgadas y alargadas — como de 40 o 50 cms. de largas — con un agujero en uno de sus extremos. Piedras semejantes, pero más gruesas y labradas, han salido también profusamente tanto en Santa Tecla como en Briteiros. Según nos comunica Mário Cardozo, en esta última localidad encajadas algunas en las faz interior de las paredes, lo que condujo a Martins Sarmiento a suponerlas «*prisões de gado*», es decir, especies de argollas destinadas a atar los animales. En Coaña, a pesar de la gran altura de sus ruinas, no hemos hallado ni un solo caso de éstos. En los «*palleiros*» de la región se usan actualmente piedras idénticas para sujetar la paja, haciéndolas pender de una cuerda atada al extremo superior del palo que sirve de núcleo y eje; por ello nuestro colaborador el Profesor Sr. Uría ha supuesto, a nuestro juicio acertadamente, que en el antiguo poblado de Coaña hicieron el mismo o parecido servicio. No hallamos otra explicación más verisímil. Las piedras de este género debieron de servir, pues, para aumentar el peso de la ligera techumbre vegetal, siempre expuesta a la fuerza del viento, y sujetar y apelmazar la superficie exterior de paja.

Dada la variedad de formas de las cabañas, sus techumbres debieron adoptar por fuerza formas distintas según los casos. En las circulares el techo no podía ser otro que el cónico, tal como en las mencionadas chozas de los germanos. En las demás debían adoptar formas muy semejantes a las que actualmente vemos en las citadas cabañas arcaizantes de Cebreros (Orense), cuyas plantas son idénticas a las que aparecen en Coaña y otros castros (1).

II. — LAS FORTIFICACIONES.

Del recinto fortificado de la acrópolis solo se han reconocido trozos aislados de la muralla de circun-

(1) Véase Angel del Castillo, BOL. REAL ACAD. GALLEGA, n.º 78 (1913) y 82 (1914).

valación, que aprovechando un escarpe rocoso no muy alto, asentó sobre él los lienzos de muralla. Su grosor nos es todavía desconocido.

De mucho mayor interés es el último tramo de la vía que, desde las partes bajas del castro, conducía a lo alto de la acrópolis. Este tramo, fuertemente defendido con obras considerables, daba entrada a la parte alta de la ciudad (véase el plano de la fig. 1).

Guardaba esta entrada un gran torreón de paredes ligeramente ataludadas y planta cuadrangular. Su altura debió ser grande, ya que aún hoy llega a los cinco metros. Tras de este bastión, a su mediodía, estaba la entrada a la acrópolis. La vía de acceso estaba flanqueada a un lado y otro por murallas de las que la meridional, con el fin de contener la presión de las tierras, estaba reforzada en su interior por dos lienzos de muro. También aquí se empleó el talud, pero este, además (al menos en una parte), va escalonado.

Los dos espacios cuadrangulares que flanquean lo que debió ser puerta del recinto amurallado, son sin duda cuerpos de guardia. Tras del derecho hay una calle empedrada que viene a desembocar en ángulo recto sobre la vía (véase el plano). Esta calle, limitada por los muros de la fortificación, debía estar destinada a los peatones quienes por atajo podían llegar al recinto superior. Precisamente a partir de su unión con la vía principal comienza en ella una acera escalonada evidentemente destinada a ellos. La vía principal, en cuesta bastante pendiente, hállase bien conservada. Su pavimento lo forman lajas de pizarra colocadas de canto, sistema aún empleado en el país en las pendientes empedradas. Esta disposición del pavimento permitía a las bestias de montar o de tiro, así como al ganado, subir más fácilmente por esta vía. Para preservar las murallas del roce de los carros hay profusión de guardacantones de piedra mas dura que la pizarra oportunamente colocados.

Hubo de haber un segundo recinto amurallado que amparase la zona urbana de extramuros, pero de él no hemos descubierto aún el menor indicio.

III. — CÁMARAS CUBIERTAS CON BÓVEDA FALSA.

En el ángulo SE. del área excavada, sobre una terraza que se alza unos dos metros sobre el suelo de la calzada de acceso a la acrópolis (véase el plano), descubrimos un interesante edificio de planta y alzado totalmente distinto al usual en el poblado. Este (fig. 5) no es de grandes dimensiones. Tiene paredes de un grosor extraordinario en relación con las dimensiones generales del edículo. Esta particularidad procede del género especial de cubrición que en su tiempo cerraba su espacio. Consistía en una bóveda construida con lajas grandes, en saledizo paulatino, hasta cerrarse en ángulo, de tal modo que el interior debía ofrecer el aspecto de una cubrición a dos vertientes. Para lanzar esta bóveda falsa, que cubre un espacio de 2,50 metros, era necesario sobrecargar el peso en los riñones de la bóveda y por consecuencia aumentar el grosor de las paredes laterales, que en la cámara, son casi de doble tamaño que en las casas del poblado a pesar de ser aquélla de dimensiones bastante mas pequeñas que éstas. Las lajas en voladizo comienzan a un metro excaso del suelo; pero ya desde unos centímetros antes toman un sesgo inclinado el cual conservan y acentúan las lajas superiores que forman la bóveda. De ésta se conserva aún un buen trozo del arranque en la pared del SO. y un trozo algo mas pequeño de la frontera. El sesgo que presenta en su línea ascendente permite reconstruir el total como se ve en el corte de la fig. 5.

La cámara terminaba a modo de ábside, como los restos de cimientos y arranque de la pared exterior de cierre lo demuestran. Estos restos describen un semicírculo perfecto. La flor interior de la pared del ábside desapareció cuando se hizo, en época indeterminable, el grueso paredón del testero y la puerta que da paso al habitáculo posterior de la cámara, también obra añadida (véase en el plano de la fig. 1 su estado actual). Pero queda en el ángulo S. un retallo que debe corresponder al arranque del ábside, que por lo que parece era algo mayor que el semicírculo. La coin-

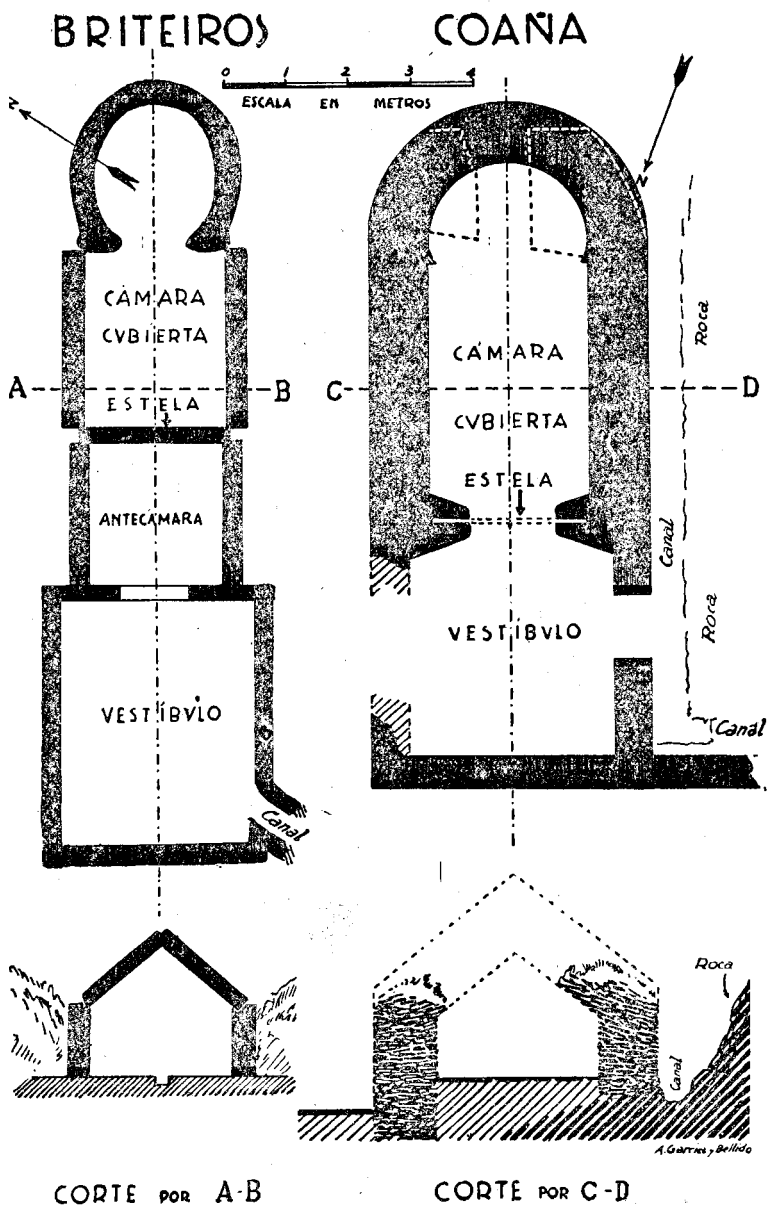


Fig. 5. Plantas y alzados de las cámaras de Briteiros (izquierda) y Coaña (derecha) levantadas a la misma escala y mostrando sus analogías. (La de Briteiros según Mário Cardozo. La de Coaña restaurada idealmente, según los restos, en su cabecera).

cidencia de este cierre ultrasemicircular de Coaña con el de la cámara de Briteiros, también en forma de herradura, afianzan nuestra reconstrucción, ya que, como vamos a ver a esta semejanza acompañan otras más claras y significativas.

En efecto, la cámara abovedada de Coaña coincide en planta y alzado con la de Briteiros. Ambas estaban cerradas en la parte opuesta al ábside por sendas estelas. La de Briteiros es una losa granítica con decoración en relieve; la de Coaña era una laja de pizarra de la que no quedan más restos que los trozos aún insertos en los dos a modo de bastidores que destacan de las paredes (véase fig. 5). Ambas estelas tenían la misma forma. En Briteiros, antes de la cámara (que tanto aquí como en Coaña debían estar herméticamente cerradas) hay una antecámara que no tiene el edículo de Coaña. Empero el vestibulo es idéntico y no sabemos si la canal que corrió a su lado derecho en ambos es mera casualidad o está ligado a alguna particularidad de rito. Tampoco sabemos si la enorme pila granítica que existe al Sur de la cámara de Coaña (fig. 1), tiene en realidad algo que ver con ella, aunque sí parece estuvo en relación con el canal antes dicho. En la fig. 5 hemos reducido a la misma escala ambos edificios, el de Briteiros (1) y el de Coaña, restaurado idealmente en su cabecera según los restos exteriores del ábside y el arranque en herradura del ámbito interno. Como se ve tanto la distribución general del edificio en planta, como en alzado, son verdaderamente convincentes. Nada tiene además de extraña esta persistente analogía, pues tanto el poblado de Coaña como el de Briteiros son del mismo grupo cultural y étnico y de la misma cronología. Y si en las plantas y alzados de las casas, en los productos cerámicos, en los orígenes étnicos, en el conjunto de hallazgos, tanto indígenas como exóticos, hay, más que analogías, una patente y constante igualdad, nada tiene de extraño que en aquello más persistente y específico en un pueblo, como es el culto a sus muer-

(1) Según los excelentes planos de Mário Cardozo, «*Citânia e Sabroso*», 2.ª edic., Guimarães, 1938.

tos, a sus héroes o a sus dioses, hayan coincidido también los primitivos habitantes de Coaña con los de Briteiros. Por lo demás no cabe duda que estas cámaras son formas monumentales estrechamente emparentadas con las estelas oicomorfas conocidas en ciertas zonas célticas de Europa (Burgos, región del Mosela, N. de Italia, etc.) y Asia Menor (Galatia).

Cámara parecida, hemos visto y estudiado también en el castro de Pendía (cerca de Bóal, en la cuenca del Navia y a unos 20 klm. de Coaña). No es posible saber aún si se trata de una cámara del mismo género que las de Coaña y Briteiros, por ahora únicas en la Península; pero estaba abovedada por el mismo procedimiento que la primera, es decir por losas en voladizo. El edículo que pudimos reconocer en Pendía era algo más largo que el de Coaña y conservaba aún en uno de sus testeros, de planta rectangular (fig. 6), una bóveda algo más pequeña que la de Coaña (1,70 m.) pero a diferencia de ésta semicircular en todo su vuelo (véase el corte en la fig. 6). La altura de este recinto es próximamente la misma que la de los de Briteiros y Coaña; no parece por tanto que estaba destinado a ser habitación. Futuras exploraciones aclararán estos y otros extremos de interés.

En el mismo castro de Pendía, donde vimos aflorar en el terreno aún inexplorado vestigios de cabañas o chozas del mismo tipo que las de Coaña, pudimos estudiar también una pequeña cámara circular con bóveda semiesférica intacta levantada por el mismo procedimiento de hiladas en voladizo. Su diámetro es de 1,25 y su altura original quizás fuese la misma. ¿Que destino tuvo esta construcción levantada en el mismo ámbito del poblado? No nos atrevemos todavía a emitir hipótesis. Pero es interesante constatar que en Coaña, en una de las habitaciones circulares de la parte oriental del área excavada, hallamos adosada a ella y sin comunicación alguna, un espacio triangular con otra cámara pequeña abovedada por el mismo procedimiento y de cuyo interior (ya violado) solo sacamos restos de cerámica indígena y algunas cenizas y carbones. Si esta extraña construcción tuvo entrada por fuera (por dentro de la cabaña contigua ya hemos dicho que no la tuvo) no lo sabe-

mos, pues un trozo de su perímetro externo estaba destruido (véase la cabaña circular mas oriental del plano donde está señalado el recinto mencionado con rayas oblicuas). ¿Era un simple horno? el hecho de su escepción no autoriza a tomarlo por tal. ¿Era una cámara para urna cineraria cubierta a modo de túmulo? Es posible. Las cenizas y los trozos de cerámica pudieran orientarnos en ese sentido. En tal caso habría que pensar en posibles sepelios, practicados solo en ciertos casos, dentro de la ciudad (este, al menos, es el de la cámara grande de Coaña) y en las casas.

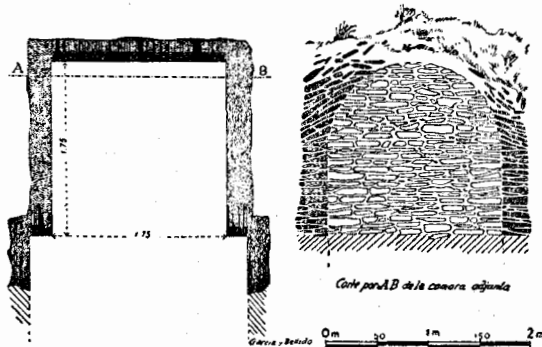


Fig. 6. Cámara abovedada del castro de Pendía
(Occidente de Asturias).

De ello no tenemos testimonios escritos pero según nos informa el Sr. Caro Baroja en algunos lugares de la Provincia de Guipúzcoa aún se usan en ciertos casos los sepelios en la tierra que cubre el alero del tejado, junto al domicilio familiar, como resto de costumbres antiquísimas. Queda, sin embargo, la cuestión «sub iudice» hasta investigaciones mas afortunadas. Quién sabe si algunos de los recintos adyacentes a ciertas cabañas no fuesen en su origen lugares para habitar, guardar cosechas, enseres o ganado, como pudiera creerse, sino pequeñas cámaras como la citada, pero destrozadas y expoliadas por los buscadores de tesoros que desde siglos vienen removiendo la tierra y las ruinas de estos castros llenos de tradición y leyenda entre los lugareños.

IV. — LOS HALLAZGOS.

Hallazgos de caracter indígena. — En el interior de las cabañas o dispersos por fuera de ellas, muchas veces a flor de tierra, ha aparecido una buena cantidad de molinos de piedra granito, de dos piezas, una fija (la inferior), y otra volandera provista en su parte alta de una concavidad o tolva para echar el grano. A los lados presenta a veces (no siempre) una, dos y hasta tres cajas para enastar en ellas los mangos de madera que habrían de facilitar el movimiento giratorio. Análogos instrumentos han aparecido tambien en el resto de la Península, tanto en zonas célticas como ibéricas. Pero siempre, en lo que hasta ahora sabemos, son indicios de romanización.

Además de ellos no son raras las grandes piedras (tambien graníticas), en general con una sola cara desbastada y en élla una, dos, tres y hasta cuatro cazoletas u hoyos de unos 20 cms. de diámetro en la boca y 15 o 20 de profundidad (véase la figura 7 donde está reproducida la mayor y mas perfecta de estas grandes mesas graníticas). Todas ellas presentan un reborde o pestaña limitando la superficie labrada. Junto a una de estas mesas de piedra se hallaron dos mazos, tambien de granito, que coincidieron perfectamente con los dos hoyos o cazoletas de que estaba provista la mesa dicha. Instrumentos de tal género no conocemos en toda la Península más que estos de Coaña. En Portugal, según nos comunica amablemente el Sr. Mário Cardozo, director del Museo de Guimarães, se ha hallado uno semejante en Briteiros, pero de pequeñas dimensiones, siendo a su juicio propio para disolver materias tintóreas. Es posible que así sea. Mas a nosotros nos parece que su destino pudo ser la molienda de la bellota, de la cual dice Strabon hablando precisamente de las tribus célticas de la montaña (III, 3, 7) hacían su pan después de seca y triturada. Este alimento era — según la misma autoridad — el normal durante las tres cuartas partes del año y podía ser guardado durante largo tiempo (Str. loc. cit.). Strabon, aunque escribió su monumental obra bastante después

de las Guerras Cántabras, sus noticias de esta región datan de tiempos anteriores al comienzo de la romanización y reflejan por tanto el estado cultural puramente indígena de aquellos pueblos montañoses. Para la molienda de la bellota no podía utilizarse otro procedimiento que el golpeo con mazos. Ello no quiere decir que los grandes pilones de cazoletas no sirviesen también para machacar, además de la bellota, otros granos, o macerar ciertas raíces y minerales tintóreos, como

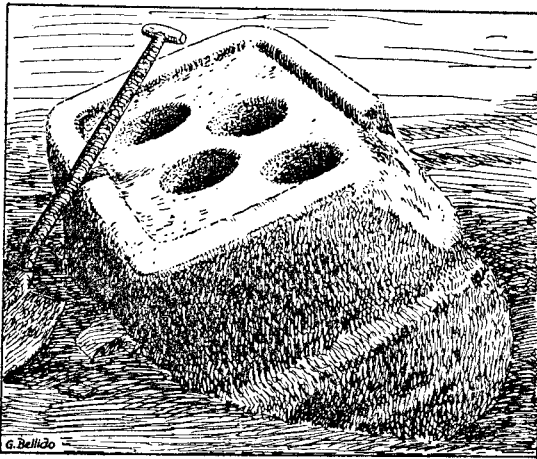


Fig. 7. *Gran mesa granítica con cuatro hoyos, probablemente destinada a moler o majar.*

supone el Sr. Cardozo. Bellotas carbonizadas se han hallado tanto en Briteiros como en Sabroso ⁽¹⁾.

Otros instrumentos de molienda han aparecido también en Coaña pero son mucho más primitivos. Se trata de simples piedras lisas, ligeramente curvadas y cuyo oficio no fué otro que el servir de elemento pasivo a una piedra que actuase a modo de rodillo.

Finalmente, mencionemos la enorme cantidad de cantos rodados de río, pequeños como el puño, halla-

⁽¹⁾ Vide Cardozo, «*Citânia de Briteiros*», REVISTA DE GUIMARÃES, pág. 70, nota 102 de la tirada aparte.

dos en el interior de casi todas las cabañas; en una de ellas aparecieron no menos de ciento, o ciento cincuenta. Algunas de estas piedras estaban calcinadas. Por ello no creemos aventurado sacar aquí a colación el texto de Strabon en el que nos dice que los celtas del Duero «calentaban sus recipientes con piedras enrojecidas al fuego» (Str. III, 3, 6), costumbre aún viva entre los montañeses de las Provincias Vascongadas, quienes para hervir la leche contenida en ciertos recipientes de madera (*«kaikua»*) echan en ellos cantos rodados enrojecidos al fuego que llaman *«esniariak»* o *«piedras para la leche»* ⁽¹⁾. Es de nuevo Strabon quien viene en nuestra ayuda con un texto por el que sabemos que entre los pueblos celtas de la montaña se usaban también recipientes de madera (Str. III, 3, 7), al modo de los actuales vascos. Como estos receptáculos no podían ponerse al fuego directamente, era natural el empleo de tal artificio. Prescindiendo ahora del árduo problema del origen étnico de los vascos no cabe duda que esta perduración entre ellos del uso de recipientes de madera puede sin torsión aducirse en este caso ya que el mismo Strabon nos dice que las costumbres de todos los pueblos de la zona Cantábrica, hasta el Pirineo, eran las mismas (Str. III, 3, 7).

Pero aparte de estos recipientes de madera usaban también los de barro como los numerosos hallazgos de restos cerámicos lo comprueban. Y con ello entramos en la cerámica hallada en el Castellón.

Con relativa abundancia hemos hallado restos de cerámica que por su calidad y decoración, y por esta misma relativa abundancia, son sin duda del pueblo que habitó en el castro. La mayoría de los fragmentos denotan haber pertenecido a recipientes de gran tamaño.

No es posible hacer todavía una clasificación sistemática, pero sí puede adelantarse que junto a ejemplares muy toscos, de barro poco limpio y cochura mala y generalmente sin decoración alguna, hay también trozos finamente cocidos, torneados, de pasta algo mejor y sobre todo cubiertos en parte de una decora-

(1) Debemos esta nota al Sr. Caro Baroja.

ción esgrafiada, con temas geométricos sencillos, en una o varias bandas y en los que a veces aparecen motivos pequeños hechos sin duda mecánicamente, por estampación. Veamos algunos ejemplos de la decorada.

En el figura 8, en A, un gran recipiente de ancha boca lleva una decoración estampada con ruedecilla; en B unos mamelones en relieve, unidos por estrias paralelas y formando con ellos triángulos; en C una decoración de entrelazos hechos también mecánicamente, con peine; en D el reticulado está conseguido

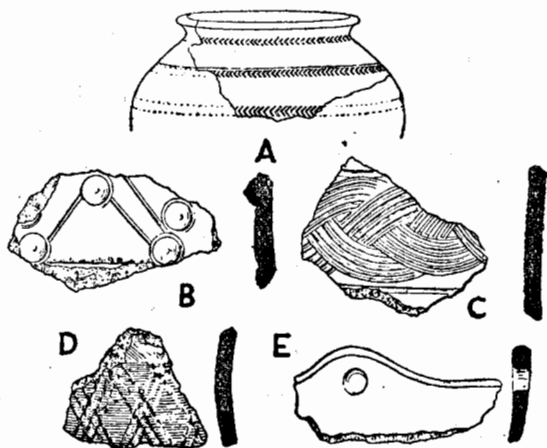


Fig. 8. Fragmentos de distintos recipientes cerámicos hallados en Coaña.

presionando ligeramente con un punzón sobre el barro fresco; y en E el trozo de un cacharro con agujero en su boca para ser suspendido.

La pieza más importante de las halladas hasta el presente es de la figura 9, de gran tamaño, con dos fajas de decoración esgrafiada en las que hemos de suponer la imitación de una labor de cestería (lo mismo que en la fig. 8, C). Entre ambas fajas otra más lisa presenta una decoración de líneas verticales hechas con punzón y entre ellas semicírculos diminutos obtenidos por presión con un punzón tallado.

Esta mecanización de los procedimientos decorativos cerámicos denuncian una etapa avanzada en la cronología. Sin duda son contemporáneos de la romanización y obedecen a imitaciones sugeridas por la técnica de la «terra sigillata» en lo que de procedimientos mecánicos tiene. Por lo demás tales motivos,

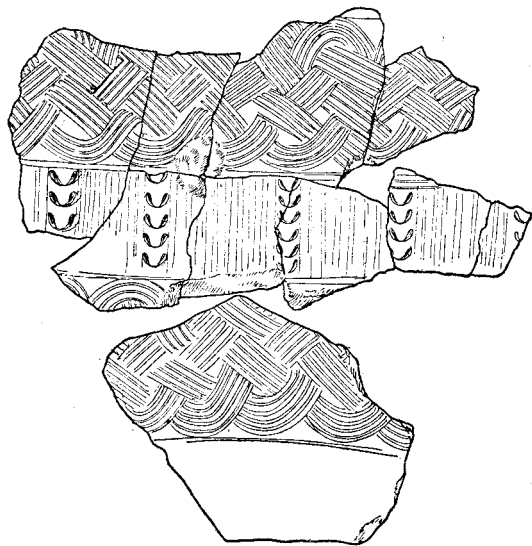


Fig. 9. Fragmentos de un gran recipiente de barro con decoración esgrafiada y estampada imitando labores de cestería. Hallado en Coaña.

en su mayoría los hallamos también en otras producciones cerámicas de ascendencia céltica de la Península. Los enlazados aparece tanto en Portugal (jambas de Ancora) como en Galicia (piedras de Santa Tecla y trozos cerámicos de Las Cogotas, Prov. de Avila). El de los mamelones en Tecla y las Cogotas. El tema del espigado (fig. 8, A) es también frecuente por doquier, y los elementos decorativos impresos con punzón tallado lo mismo. En Santa Luzia (Portugal) con el mismo semicírculo de nuestra fig. 9.

En cuanto a los hallazgos de metal los trozos de hierro laborado han aparecido tan corroidos que no nos

ha sido posible reconocer ninguna forma característica. Han sido sin embargo frecuentes los hallazgos de retortas de escoria de hierro. El bronce, aparte de una cadena y un aro está representado por fibulas anulares del mismo tipo que las de Briteiros, Santa Tecla, Toña, Caravia y tantos castros más de la región NO. de la Península que sería ocioso citar. Sobre todo es la fibula de aro lo que mejor caracteriza esta unidad cultural en lo que a pequeños objetos se refiere.

Hallazgos de origen exótico. — Entre los objetos exóticos aparecidos en Coaña, ha de citarse en primer término la presencia de «terra sigillata», que aunque hallada en excasos fragmentos constituye un testimonio importantísimo para la cronología del yacimiento. De todos los trozos decorados, sólo uno ha conservado casualmente su marca de alfarero. Este muestra la impronta de un tal Iucundus, alfarero del centro exportador de La Graufesenque (Dep. de Aveyron, en el Mediodía de las Galias). Iucundus tiene su actividad más acusada en tiempos de los Flavios (años 70-80 después de JC). Sellos del mismo alfarero se han hallado también en Tarragona, Ampurias, Sagunto y en Briteiros (1).

De gran importancia para aclarar el problema cronológico del poblado son también los hallazgos numismáticos. Dos monedas de plata de Augusto fueron halladas en 1877 por Flórez. En las dos campañas nuestras hemos hallado tres más, todas de bronce. Una, bastante perdida, parece un as de Tiberio acuñado en Bilbilis (Calatayud) con tipo de láurea en el reverso; otra es un «gran bronce» (sextercio) de Claudio, con el tipo de «*adlocutio*» en el reverso; y, finalmente, otra, de fecha mucho más reciente, de Quintilo (270-1).

Junto a la moneda recién nombrada apareció un trocito de vaso vítreo del tipo y técnica de los «millefiori». Por su fecha originaria hemos de suponerlo del

(1) Véase el excelente estudio del malogrado arqueólogo portugués Serpa Pinto en «*Revista de Guimarães*», 1929, n.º 1-2, pág. 38.

comienzo del Imperio, algo anterior a la cerámica estampillada de Iucundus.

Una sólo inscripción latina ha sido hallada hasta ahora en Coaña. Su sentido es difícil de aclarar con seguridad, pero parece que se trata de una medida o cosa por el estilo. Por sus caracteres epigráficos su fecha podría coincidir sin torsión alguna con la de la mayoría de los testimonios antes mencionados, es decir que puede ser del siglo I o del II después de J. C. Añadanse los restos de ánforas, dolia, y otros recipientes, que esporádicamente y en excasos fragmentos han aparecido también en nuestro castro.

Como se habrá observado el conjunto de los objetos exóticos hallados hasta ahora en el poblado de Coaña es excaso. Parte de esta excasez ha de achacarse a la secular explotación del yacimiento por los buscadores de tesoros, pero indudablemente es también índice de una romanización muy excasa, pues los trozos de cerámica basta romana, últimamente mencionados, han aparecido en tanta excasez como la cerámica fina y los demás objetos de importación.

Históricamente la romanización no pudo comenzar a sentirse eficazmente antes de las Guerras Cántabras, cuyo fin victorioso para las armas romanas de Augusto no tuvo lugar hasta el 19 antes de J. C. Este *terminus post quem* se acusa claramente en los hallazgos de procedencia exótica, ninguno de los cuales es anterior a Augusto.

V. — DEDUCCIONES CRONOLÓGICAS E HISTÓRICAS PROVISIONALES.

Por lo acabado de decir al hablar de los hallazgos de origen exótico puede desprenderse sin esfuerzo que el poblado vivía en el siglo I de Cristo. No sabemos cuándo dejó de ser habitado. La moneda de bronce de Quintilo hallada en el interior de una de las chozas (la circular al NE. del torreón) no es aún bastante para sacar conclusiones, pues a más de ser hallazgo único, su estrato, estando removido el interior de la vivienda, no lo conocemos, tanto menos cuanto que

de ella misma salió el trocito de «millefiori», todo entre lajas revueltas, restos de las paredes de la casa y de los muros de las fortificaciones contiguas. Respecto a la fecha de comienzos del poblado tampoco podemos adelantar nada seguro por ahora. Pero si puede hacerse un intento de cronología relativa gracias al hecho de haber hallado bajo la pared hundida de la cabaña mayor del poblado (la sita al N. del torreón. Véase el plano de la fig. 1) una de las fibulas de aro y la cadenita de bronce junto con la moneda ya citada de Tiberio acuñada al parecer en Bilbilis. Esto nos testimonia que cuando las paredes de la gran vivienda cercana a la torre defensiva, se desplomó por la causa que fuere (guerra, incendio casual etc.) no habría transcurrido muchos años después del reinado de Tiberio (muerto en 37 después de J. C.). Tal es la única referencia cronológica obtenida estratigráficamente. Como se vé, coincide también por ahora con el hecho de que, salvo la moneda de Quintilo (fines del s. III), todos los hallazgos nos conducen al siglo I después de Cristo y no después.

Otro detalle interesante es el constatar que las habitaciones de planta elíptica no son siempre de época posterior a las circulares, como probablemente puede admitirse a título de regla general en estos poblados. El hecho evidente de que la cabaña circular sita en la parte más occidental del área excavada (véase en el plano general la que tiene adosada la cámara pequeña abovedada de que ya hemos hablado) esté construida sobre los restos, conservados en todo su perímetro, de otra cabaña anterior de planta elíptica, es la prueba más concluyente.

El derrumbamiento del alto bastión defensivo sobre las cabañas contiguas sitas a su norte cubrió de tal cantidad de escombros estas viviendas que no han sido suficientes las seculares rebuscas de los tesoreros para destruir totalmente sus capas. Así se explican, por excepción, los casos citados y el testimonio que la cabaña mejor conservada (la de la fig. 4), de planta también circular, podamos fecharla relativamente diciendo que es obra posterior al recinto amurallado ya que su construcción, por ciertos detalles y anomalías observados en ella, tuvo que adaptarse a estas mismas

fortificaciones. Este es un caso particularmente constatado, pero en general puede decirse que todas las cabañas excavadas son de época tardía ya que fueron edificadas fuera de los muros. No obstante, como hemos advertido, las de planta estrictamente circular (prescindiendo de las elípticas y próximas al círculo y desde luego de las angulares) figuran en un cincuenta por ciento con relación al total de viviendas reconocidas.

Puede asegurarse por tanto que la planta circular siguió conviviendo junto a las elípticas y angulares y aún prefiriéndose a veces a éstas. Este espíritu tradicional explica cómo hayan llegado a nuestros días las casas de planta curvilínea, aún viva en ciertos lugares retirados del NO. de la Península, tanto en Portugal (Trás-os-Montes) como en España (Cebreros, Asturias, El Bierzo, Salamanca) (1).

Que la llamada cultura de los castros presenta (tanto en Portugal como en Galicia y la zona reconocida por nosotros en Asturias) un claro y evidente aspecto céltico, es indiscutible. En lo que hasta ahora conocemos de su cronología muestra además estar ligada con las manifestaciones también célticas que hacia los siglos III a I antes de Cristo y los dos posteriores se presentan en el resto no ibérico de la Península. Una cronología más alta no nos parece admisible por el momento, al menos juzgando por aquél material indígena fechable con cierta seguridad. Lo que antes de él hubiere no ha sido aún determinado ni fechado. Ello por falta de estudios concretos. Hay reminiscencias de cosas célticas más antiguas, pero estas vienen envueltas en un conjunto cultural evidentemente tardío. En resumidas cuentas puede decirse que la cultura de

(1) Véanse ejemplos, sobretodo, en los ya citados trabajos de Angel del Castillo acerca de las casas de Cebreros. Además, Hernández Pacheco : en la Memoria n.º 5 de la *Comisión de Investigaciones Paleontológicas y Prehistóricas*, Madrid, 1915; y en los testimonios que por referencias de Serpa Pinto aduce von Richthofen para Portugal en su estudio *«Zur Bearbeitung der vorgeschichtlichen und neueren kleinen Rundbauten der Pyrinäenhalbinsel»* en *«Homenagem a Martins Sarmento»*, Guimarães, 1933, pág. 332, donde se allaran complementos bibliográficos y ciertos ejemplos de cabañas pastoriles actuales en la Península.

los castros se nos presenta, en su conjunto más característico, como propia de los tres siglos anteriores a Cristo y de los primeros de la Era nuestra; que en aquéllos se nos ofrece con caracteres evidentemente célticos, al menos juzgando por lo que al aspecto cultural de sus utensilios (armas, cerámica, fibulas, etc.) se refiere, y que con la conquista romana esta cultura se comienza a romanizar con cierta intensidad, pero conservando muchos caracteres tradicionales, principalmente el tipo general de las plantas de sus viviendas.

El problema etnológico que de estos hechos se deriva ¿puede solucionarse diciendo que la población que habitó los castros es céltica?. Este es un problema al que se han propuesto soluciones en cierto modo contrapuestas. Para unos es indiscutible el carácter racial céltico de esta población. Así opina Bosch p. e. Para otros, principalmente para los eminentes arqueólogos portugueses Mendes Correia y Mário Cardozo, la población de los castros era de origen *pre-céltico*, oriundas ya del Neolítico y Eneolítico, población que sufrió después una celtización tardía, como de seguida una romanización (1).

Mas la evidente disparidad que la cultura céltica del centro de la Península ofrece con respecto a la del ángulo NO. en lo que a cosa tan fundamental como el tipo de planta en las viviendas atañe, hace sospechar que en todo caso el fondo racial primitivo sobre el que actuó a fines de la Edad del Hierro la cultura céltica importada es también distinto en ambas regiones. Las casas de la cultura de los castros es en sus plantas de tendencia circular; las del centro de España son siempre cuadrangulares. La contraposición de ambas es pues irreductible. Este es un hecho diferencial de extraordinaria importancia al que hay que buscarle una explicación satisfactoria basada en casos arqueológicamente probados.

Por el momento hay posibilidad de constatar que

(1) M. Correia, «Os Povos primitivos da Lusitânia», 1924; M. Cardozo, «Citânia de Briteiros. Alguns aspectos etnográficos», 1939. Para la opinión favorable al origen céltico, «Etnología de la Península Ibérica», 1932.

antes de que estos pueblos presenten su aspecto céltico, la cultura de ellos era todavía de tipo muy arcaico. Las hachas de bronce no raras en ellos y la cerámica de aspecto más grosero hallada dentro de sus recintos, por ejemplo, son sin duda testimonios de un estadio cultural muy primitivo y vivo todavía en tiempos inmediatamente anteriores a su fase céltica. Este estadio, con aspecto todavía del Bronce, sólo se modificó cuando con el conocimiento del hierro adquieren en su cultura ese otro sello celta de que hay pruebas más que evidentes. Según esto nuestra opinión tiende a sospechar que, en efecto, como el Profesor M. Correia sostiene, el fondo racial de los habitantes de los castros no es celta, pero si pudo recibir parte de su cultura y también de su sangre cuando la invasión celta tardía llegó al rincón NO. de la Península portadora de una serie de adquisiciones culturales adelantadas que modificaron y mejoraron el excaso y pobre patrimonio cultural arcaizante de aquellos pueblos aborígenes precélticos que habitaban desde muchos siglos atrás en el país. Dentro de esta posibilidad, que algún día será estudiada, se nos ocurre pensar que la misma forma circular en las plantas de las viviendas, tan típica de la cultura de los castros y tan tradicional en ella y su región como ya hemos visto, tiene en la misma Península un importante antecedente. Nos referimos a las cámaras sepulcrales de tradición dolménica que desde Andalucía por el Algarve, suben en Portugal hasta Beira, penetrando también en la Extremadura española y Salamanca. La característica general de estas cámaras es: su planta circular, o tendiente al círculo, el empleo en ciertos casos (Romeral, Los Millares, Almirazaque etc. etc.) de hiladas horizontales en voladizo, su cierre por tanto en cúpula y su lago «dromos» o pasillo. Estas características las vemos repetirse en las casas de la cultura de los castros y, por lo que toca a la solución en bóveda falsa, en las cámaras ya mencionadas de Coaña y Penda. Si como es lícito suponer, estas tumbas andaluzas y portuguesas, son traducciones funerarias de la casa, tendríamos pues un mismo tipo de planta en aquellas primitivas poblaciones del comienzo del Bronce y en estas de la cultura de los castros. Ahora bien si las casas de los castros han perdurado en

sus formas hasta hoy en la región NO., no es imposible que las de la Edad del Hierro sean derivaciones de aquellas construcciones del comienzo de los metales, máxime si, como parece, la fecha de estas últimas pudiera rebajarse unos siglos ya que la cultura del Bronce en el O. y NO. de la Península — región arcaizante en otros periodos de su historia — perduró hasta época muy avanzada como es sabido.

ANTONIO GARCÍA Y BELLIDO

Profesor de Arqueología en la Universidad Central de Madrid.